

CAPÍTULO II.

LOS HOHENSTAUFEN.

SECCION I.—FEDERICO BARBAROJA Y ALEJANDRO III.

§ I. Objeto de la lucha.

La lucha de Enrique IV y de Gregorio VII no es más que el preludio de los combates seculares del Sacerdocio y el Imperio. El concordato de Worms termina la querrela de las investiduras; es una transacción entre el sistema de la independencia absoluta de la Iglesia y la antigua independencia de la aristocracia episcopal. Pero no se transige en punto á principios. El Pontificado y el Imperio están fatalmente condenados á la lucha; una fuerza invencible conduce á los emperadores á resistir á los papas, y á los papas á debilitar, á dominar á los emperadores. Enrique V llega á la corona sublevándose contra su padre; la Iglesia consagra la traición, casi el parricidio. Creeríase que el crimen debe unir al Emperador con la Santa Sede; pero el hijo de Enrique IV, más duro, más imperioso que su padre, puso la mano sobre el Vicario de Cristo; el defensor á quien la Iglesia ha alimentado, cuidado, se convierte en su más mortal enemigo. Después de la muerte de Enrique VI, el Pontificado rechaza á los Hohenstaufen del trono de Alemania y llama á él á un hombre elegido por él; ¿va por eso á cesar la lucha? Othon, apenas coronado, sigue la política

imperial; Inocencio III, que lo ha elevado, se ve obligado á excomulgarle. El mismo espectáculo ofrece el Pontificado. La Silla de San Pedro impone doctrinas invariables á los que la ocupan; poco importan las opiniones anteriores del elegido; el amigo del Emperador será su enemigo. Inocencio IV, siendo cardenal sigue el partido de Federico II; hecho Papa persigue al Emperador y su familia con un encarnizamiento inaudito. No puede haber papa gibelino (1). Los principios tienen sus exigencias, más inexorables que los odios de personas; los enemigos pueden reconciliarse, los principios jamás.

Este rigor de las doctrinas, que caracteriza la lucha del Imperio y del Pontificado, le da un interés dramático: parece la ciega fatalidad que pesa misteriosa sobre la tragedia griega. Gregorio y Enrique IV sucumben igualmente en su empeño; el Emperador muere desesperado por la traición de su hijo, pero deja vengadores en la heroica familia de los Hohenstaufen; el Papa, aun muriendo en el destierro, víctima de la injusticia, tiene plena confianza en su causa, porque cree que esta causa es la de Dios. Federico I, después de haber combatido como héroe, tiene que doblegarse ante Alejandro III. Pero todo parece ceder ante su hijo, cuando la Santa Sede está ocupada por un débil anciano. Enrique VI, señor de la Italia y de la Alemania, tiene al Papa y á la Iglesia bajo su mano; va á realizar la ambición del Imperio, va á ser el señor del mundo. ¿De dónde vendrá el Salvador? La Providencia interviene. Enrique VI muere en lo mejor de la edad, é Inocencio III sube al trono de San Pedro. El mundo occidental es gobernado por el Papa. Inocencio domina sobre los reyes por el poder del genio y la influencia de la opinión; no encuentra adversario que pueda oponérsele. Los Hohenstaufen son separados del trono imperial. Pero la fatalidad, más fuerte que el Gran Papa, le obliga á elevar por sí mismo al trono del Imperio al hijo del odioso Enrique VI. La lucha vuelve á comenzar. El valor de Federico II

(1) Cuando se anunció á Federico II la elección de Inocencio IV, sus cortesanos se regocijaron de ver á un amigo del Emperador promovido al Pontificado. Federico, más previsor, dijo: «He perdido un amigo entre los cardenales y tendré un enemigo en el Papa. Ningun Papa puede ser gibelino.» (Véanse las pruebas en RAUMER, *Geschichte der Hohenstaufen*, t. IV, p. 62.)

le sostiene durante un largo reinado contra los ataques del Pontificado. Pero muere excomulgado y la maldición recae sobre toda su raza. Ya no hay tregua entre los papas y los Hohenstaufen, hasta que el hacha del verdugo haya cortado los días del joven Conradino. La tragedia ha terminado.

Más adelante diremos cuál es el sentido de esta lucha á muerte. Se ve desde luego que era necesaria, inevitable. Era fatal en el sentido de que se desprendía lógicamente de los intereses y de las pretensiones contrarias del Pontificado y del Imperio. Los emperadores no podían sufrir la dominación de la Santa Sede, los papas no podían someterse á la dominación imperial; unos y otros, doblegándose, hubieran abdicado derechos que consideraban como divinos. No se renuncia voluntariamente á semejantes derechos; se combate por su conservación hasta la muerte. Los enemigos del Pontificado no han tenido en cuenta la posición que la fuerza de las cosas creaba á los Vicarios de Cristo; les han censurado amargamente las largas guerras del sacerdocio y del Imperio (1). Los católicos, no sabiendo que hacer con esta sangrienta herencia, la han repudiado: «Es falso, dice *De Maistre* (2), que haya habido una guerra propiamente dicha entre el Sacerdocio y el Imperio. Esto se dice incesantemente para hacer al Sacerdocio responsable de toda la sangre vertida durante aquella gran lucha; pero lo cierto es que fué una guerra entre la Alemania y la Italia, entre la usurpación y la libertad, entre el señor que trae las cadenas y el esclavo que las rechaza; una guerra en la cual los papas cumplieron con su deber de *principes italianos* y de políticos sabios, decidiéndose por Italia, puesto que no podían ni favorecer al Emperador sin deshonorarse, ni aún intentar la neutralidad sin perderse.»

La historia rechaza este sistema, inventado para defender una mala causa. El Pontificado no podía combatir á los emperadores con sus armas espirituales; para vencer á los hombres de hierro necesitaba de la fuerza, y la buscó entre los enemigos del Im-

(1) *Cartas sobre la Historia*, t. II, p. 222: «El delirio de la omnipotencia temporal de los papas inundó la Europa de sangre y de fanatismo durante cerca de cuatro siglos.»

(2) *Del Papa*, libro II, c. 7.

perio. Gregorio VII con toda su audacia no se hubiera atrevido, no hubiera podido atacar á Enrique si no hubiera estado pronta una parte de la Alemania á sublevarse á su voz. Alejandro III, Gregorio IX é Inocencio IV, en su encarnizada lucha contra los Hohenstaufen, se apoyaron en las ciudades lombardas. ¿Se unieron á esta liga como príncipes italianos? Cuando Federico Barbaroja fué vencido en Lignano, apenas eran los papas señores de Roma; no fueron príncipes temporales hasta Inocencio III. Gregorio IX é Inocencio IV persiguieron á los Hohenstaufen con un odio inmortal, no como príncipes italianos, sino como Vicarios de San Pedro. El poder de los Hohenstaufen y sus proyectos ambiciosos amenazaban la existencia del Pontificado; los papas se defendieron, y para defenderse se vieron obligados á echarse en brazos de las repúblicas italianas. ¿Fué por amor á la libertad? La pregunta apenas merece contestación: ¿quién no sabe que la libertad y el Pontificado son incompatibles? ¿Quién no sabe que el Pontificado ha sido siempre el gran obstáculo para el establecimiento de la unidad y de la libertad italianas? La libertad ha sido un instrumento en manos de Gregorio IX y de Inocencio IV, del mismo modo que la aristocracia feudal ha sido un instrumento para Gregorio VII.

En el fondo, la lucha es entre el Imperio y el Pontificado. El Emperador quiere la independencia del poder civil, quiere una verdadera monarquía. El Papa quiere la dominación de la Iglesia; el Imperio no debe ser más que una dignidad, débil en su principio por la elección, dependiente de la Santa Sede por la coronación; una monarquía sin poder real. La Alemania, dividida entre un gran número de príncipes, incapaces todos de luchar con Roma; tal es el ideal del partido teocrático (1). Esto no es decir que no hayan complicado otros intereses la guerra del sacerdocio y del Imperio. En tiempos de Enrique IV la Alemania llegó á ser

(1) GERHON (in *Psalmum* 64) no oculta que este sea el fin de la política pontificia: «*Hæc nimirum spectacula nunc regibus partim ablatis, partim diminuto eorum regno humilitatis, et exaltato sacerdotio, delectant spectatorem benevolum, torquent invidum qui ut amplius crucietur..., succedet in seculari dignitate minoris potestas diminutis regnis magnis in tetrarchias aut minores etiam particulas, ne premere valeant ecclesias et ecclesiasticas personas.*»

definitivamente un reino electivo; la aristocracia feudal adquiere una existencia casi independiente; hé aquí el objeto de los príncipes alemanes aliados del Papa; para ellos la ambición del Pontificado no es más que un accesorio, un instrumento: la alianza es una coalición. La liga lombarda se propone igualmente un objeto que no es el de la Santa Sede. Los Italianos quieren ser libres, independientes dentro de las murallas de sus ciudades; no querían depender del Papa ni del Emperador. Estos partidarios del jefe de la Iglesia están en guerra con sus obispos (1), y hasta protegen á los herejes (2). Admiremos los medios de que se vale la Providencia. Suscita aliados al Pontificado; áun cuando difieren sus pretensiones, la causa comun triunfa. El amor de la libertad que inspira á algunas ciudades es más poderoso que el poder de los emperadores. Gracias á esta coalición de las ciudades lombardas y de los obispos de Roma, sucumben, á pesar de su genio y de su valor, los enemigos más temibles que ha tenido el Pontificado.

Tal es el doble interés que ofrecen estas luchas memorables. La libertad italiana tiene su grandeza, lo mismo que la ambición de la Santa Sede. Los Hohenstaufen representan el antiguo poder imperial que los legistas han resucitado con las compilaciones de Justiniano; allí han leído que la voluntad del Emperador es ley, y pretenden aplicar á la sociedad germánica una máxima del mundo pagano. ¿Estará, pues, destinada la sociedad moderna á reproducir el despotismo romano con su inevitable decrepitud? El despotismo imperial, unido al imperio del mundo que los juristas reconocen al Emperador, sería fatal á la humanidad. Las ciudades lombardas ahogan en su gérmen esta monarquía universal, apoyándose en el Pontificado y evocando los recuerdos de las antiguas repúblicas. Es un movimiento irregular, confuso, muchas veces rencoroso y sangriento. Este espectáculo ofende á los espíritus que aman ante todo el orden y la uniformidad (3). Pero el orden

(1) Véanse las quejas de Inocencio III contra las ciudades lombardas (*Epist.* VI, 45).

(2) Milan era un centro principal de la herejía (SCHMIDT, *Historia de los Cathares*, t. I, p. 59).

(3) SCHOELL, *Curso de Historia*, t. IV, p. 85, t. III, p. 187: «Para los Italianos la libertad no era más que el derecho de degollarse entre sí y de atormentar á sus vecinos.»

con el despotismo conduce á la muerte; más vale el desorden con la libertad, porque la libertad es un elemento esencial de la vida, y en tanto que hay vida, hay esperanzas de porvenir. Verdad es que la libertad, para ser estable, debe ser ordenada. Por no haber llegado la Italia á conciliar la libertad con el orden es por lo que perdió la libertad. La lucha de las ciudades lombardas con los Hohenstaufen no es ménos gloriosa: la sangre vertida por una noble causa no corre jamás en vano.

§ II.—Federico y la liga lombarda.

N.º 1.—Alemania é Italia.

La Italia maldice á los Bárbaros, que desde la disolución del Imperio romano no han cesado de devastarla y de explotarla. El reinado de Teodorico, á pesar de sus beneficios, no ha podido reconciliar á los Italianos con la dominación extranjera; aplauden la caída de los Godos, por más que el sistema fiscal bizantino fuese mil veces más desastroso que la barbarie de los hombres del Norte. La Italia ha sido hollada, pero también regenerada por los Bárbaros. Los Lombardos se establecen en ella de una manera permanente; despues los Francos reúnen los vencedores y los vencidos á su Imperio. La caída de la monarquía carlovingia fué como el despertar del espíritu de nacionalidad. La Italia trató de constituirse bajo reyes indígenas; pero el genio de la unidad había abandonado la tierra de Roma. Los historiadores italianos confiesan que estos años de independencia fueron funestos á su patria: la discordia y la guerra, la ignorancia y la barbarie, unidas á una corrupción desenfrenada, hicieron de la Península como el foco de la desgracia y del vicio (1). La Italia, incapaz de hallar la unidad en sí misma, la buscó en el extranjero. Los Italianos fueron los que llamaron á los Bárbaros. No pudiendo soportar

(1) MURATORI, *Annali d'Italia*, t. V, P. I, p. 272.

la opresion de sus príncipes nacionales, suplicaron al Rey de Alemania, Arnulfo, que los librase de aquellos tiranos (1). A la voz de los Italianos pasó tambien Oton el Grande los Alpes. Las hordas mercenarias al servicio de los emperadores griegos y los Sarracenos desolaban la Italia. Los Italianos no tuvieron fuerza para poner término á sus disensiones á fin de unirse contra el enemigo comun; ellos mismos tomaron á sueldo á los Bárbaros más salvajes contra sus hermanos; la corrupcion y una ambicion egoista corroian y envilecian las almas. Los grandes, láicos y eclesiásticos, se dirigieron á Oton; el Rey aleman puso fin á las divisiones de los partidos, subyugándolos á todos á las leyes del Imperio (2).

Los Italianos ni podian soportar la dominacion extranjera, ni eran capaces de crearse una nacionalidad propia; estuvieron en guerra permanente con los emperadores, con aquellos mismos á quienes habian llamado. Oton tuvo que luchar contra los Romanos insurrectos; sus rudos guerreros, dice *Liutprando*, se arrojaron sobre los Italianos, «como buitres sobre una bandada de pajarillos» (3). Pero era más difícil reducir á los Italianos que vencerlos. Despues de la muerte del poderoso emperador, los Alemanes y sus partidarios se vieron obligados á huir de la venganza de un pueblo humillado y oprimido. Oton III tenia la ambicion de restablecer el Imperio romano; queria devolver á la Ciudad Eterna su antiguo poder; se rodeó de consejeros romanos, pero ni áun estos ensueños de gloria reconciliaron á los Italianos con sus señores. Su ódio estalló á la muerte de Oton; los alemanes tuvieron que combatir para salvar el cadáver del jóven Emperador. Oton III murió sin hijos; la extincion de la raza sajona parecia un momento favorable para sacudir el yugo de los Bárbaros. Se reunieron en Pavía los obispos y señores láicos para elegir un rey italiano; pero apénas fué coronado el Marqués de Ivree, ya la

(1) «*Arnulfus ex verbis Apostoli omnino rogatur, ut Romam veniens, Italiamque sub ditione sua retinens, a tantis eam eruat tyrannis.*» (HERIMANNI AUGIENS. *Chronic.*, ad a. 890. PERTZ, V, 110.)

(2) LIUTPRANDI *liber de rebus gestis Ottonis*, c. 1 (PERTZ, III, 340).—*Chronic. Salertin.*, c. 169 (PERTZ, III, 553).

(3) «*Quasi accipitres avium multitudinem.*» (LIUTPRAND. *de reb. gest. Otton.*, c. 16. PERTZ, II, 345.)

discordia arruinaba su trono; cuando Enrique II, el nuevo rey de Alemania, descendió á las llanuras de la Lombardía, los grandes, láicos y eclesiásticos desertaron á porfia del príncipe que habian elegido para conciliarse el favor del más fuerte. El espíritu nacional pareció despertarse despues de la muerte de Enrique II, pero más bien era el ódio á los Alemanes. Humillaba á los Italianos el obedecer á un rey impuesto por los Bárbaros; pero desesperando de hallar la salvacion en sí mismos, tuvieron que recurrir á extranjeros para defenderse contra el extranjero. Ofrecieron la corona al Rey de Francia. La dominacion alemana tenia tambien sus partidarios; aquellos á quienes el interes ó la ambicion ligaban al Imperio se dirigieron á Conrado. El Rey de Francia, asustado de semejante competidor, rehusó. El Duque de Aquitania, solicitado por los Italianos, pasó los Alpes; pero cuando en lugar de los sentimientos unánimes con que le habian halagado no halló más que division y ódio, abandonó la Italia á su suerte. Conrado, coronado en Pavía, tuvo la suerte de todos los reyes alemanes; insurrecciones que renacian sin cesar señalaron su expedicion romana. La Italia queda subyugada bajo la dominacion germánica, pero no la acepta jamas. Toda coronacion es una lucha, una guerra; los reyes de Alemania reciben la corona italiana manchada en sangre de sus súbditos.

¿Por qué ese afan de buscar al extranjero y luégo esa lucha incesante contra el extranjero? La Italia, desgarrada por las facciones, sentia la necesidad de una mano de hierro que le impusiese, si no la union, al ménos el órden y la paz (1). Pero la mano de hierro que castigaba los excesos de la fuerza bruta era la de un extranjero; la justicia pareció, y era muchas veces opresiva. De aquí que el protector fué detestado como un tirano. Nada más legítimo que este ódio de la dominacion extranjera. El individuo debe someterse á la ley; las naciones no tienen más superior que

(1) LANDULFI *Hist. Mediolanens.*, II, 22 (PERTZ, VIII, 58): *Oum Conradus Imperator Papie, circumstante exercitu, consedisset, universis qui ecclesiarum beneficia invaserant, aut qui homicidia injuste commiserant, aut orphanorum, aut viduarum prædia devastando contriverant, et omnibus qui injuste á perfidis hominibus per aliquam causam cruciabantur, ut sui Imperii rigor exigebat, secundum legem facere humanam et iudicare decrevit.*

Dios. El imperio que ejerce un pueblo sobre otro degenera siempre en violencia y en tiranía; es un estado de cosas contrario á la naturaleza, y que pronto ó tarde rompe la misma naturaleza.

N.º 2.—*Federico y la liga lombarda.*

Hasta los Hohenstaufen, la lucha entre la Alemania y la Italia es ciega. La brutalidad de los hombres del Norte huella las hermosas llanuras de la Lombardía para hartarse de goces; el sentimiento nacional de los Italianos estalla en insurrecciones, en la resistencia opuesta á los emperadores en el momento de su coronacion. Pero estos combates no producen resultado. Italia sigue dependiente y oprimida; el Emperador es el soberano de derecho, por más que necesite siempre de la fuerza para hacer reconocer su derecho. Con los Hohenstaufen el carácter de la lucha se eleva; se determina entre ciudades que aspiran á la libertad republicana y un emperador que pretende ejercer todos los derechos de la soberanía imperial. La guerra á muerte que hacen los papas á la casa de Suabia aprovecha á las ciudades italianas. La caída de esta poderosa familia trae consigo la disolucion del Imperio: no quedan á los reyes de Alemania más que pretensiones sobre la corona de Italia; en realidad, los Italianos son independientes.

Las ciudades de la Lombardía fueron en un principio gobernadas, en nombre del Emperador, por duques, condes y obispos. Pero los derechos del Rey no estaban determinados con precision; rara vez se ejercia el poder real en toda su plenitud. La ausencia de los emperadores, sus luchas con los príncipes alemanes ó con los papas favorecieron las empresas de las ciudades italianas. A partir desde el advenimiento de Enrique IV, la Italia fué, por decirlo así, abandonada á sí misma; la guerra con el Pontificado absorbía todas las fuerzas del Imperio. Los Italianos, sin jefe verdadero, realizaron por sí mismos su destino. Se despertó el antiguo espíritu municipal y con él una vida, un valor, una grandeza que ni áun podia sospecharse en el resto de Europa. El genio de la libertad que animaba á las ciudades de la Lombardía dió una nueva energía á la necesidad de independencia que agitaba á los

Italianos: nada de rey extranjero, nada de Bárbaros, tal era el grito general (1).

Los sentimientos y los intereses de Federico Barbaroja hacian de él el enemigo irreconciliable de la libertad italiana. Tenia una alta idea de la dignidad imperial (2). Imbuido en el espíritu aristocrático de la Edad Media, no comprendia nada del movimiento de las ciudades lombardas; no veia en él más que la usurpacion de un populacho vil (3). El valor mismo que inspiraba á aquella clase media armada parecia á los dominadores alemanes una cosa contraria á la naturaleza (4). La causa del Emperador se confundia con la de la Alemania; trataban de conservar sobre la Iglesia el imperio que Carlo-Magno y Oton habian conquistado por su valor (5). El orgullo del conquistador halló un apoyo en el servilismo de los legistas. El estudio del derecho romano habia llegado á ser un culto; se respetaba como razon escrita cuanto habian tenido por conveniente insertar los ministros de Justiniano en su Compilacion. El despotismo bizantino fué exaltado como un ideal por los juriconsultos de Bolonia. El arzobispo de Milan se hizo el órgano de estos sentimientos en la célebre dieta de Roncaglia: «Has tenido á bien, dice á Federico, consultarnos acerca de las leyes, el honor y la justicia del Imperio. Has de saber, pues, que te ha sido conferido el poder de establecer leyes. Tu voluntad constituye el derecho. Porque está escrito: Lo que al príncipe agrada tiene fuerza de ley, porque el pueblo le ha transmitido su poder. Así, pues, todo cuanto dice el Emperador en una carta, todo cuanto decide

(1) Federico dice que los Italianos no querian ya la dominacion extranjera: «*Nolumus, decian, hunc regem super nos, nec Teutonici amplius dominabantur nostri*» (PERTZ, *Leg.* II, 116.)

(2) «*Ne imperialis dignitas ab indignis imminueretur.*» (RADEVICUS, *de gestis Friderici*, I, 14.)

(3) Federico en el llamamiento que dirige á los príncipes alemanes, dice: «*Quia Medionalensium superbia jam diu caput contra romanum erexit Imperium, ne gloriam nostram plebs improba usurpare vel conculcare valeat.*» (CURIA NOBIMBERGENS. 1155. PERTZ, *Leg.* II, 99.)

(4) OTON DE FRISINGA dice de las ciudades italianas: «*Quoslibet contemptilium etiam mechanicarum artium opifices, quos ceteræ gentes ab honestioribus et liberioribus studiis tanquam pestem propellunt, ad militiæ cingulum assumere non dedignantur.*» (*De reb. gest. Friderici*, II, 13.)

(5) RADEVIC., *De reb. gest. Frid.* I, 27.